

do cadencioso del hacha del leñador. Tan indefinible concierto de sonidos y voces armoniosas, era un lenguaje magnífico, que calmaba sus dolores. Muchas veces, estasiado con el grandioso espectáculo de la naturaleza, quedaba mecido en un ligero sueño, interrumpido por los pasos del guardia. Lutero entonces se levantaba sin murmurar, y tomaba el camino de su *Pathmos*, donde le esperaban, como siempre, noches de tribulación y de terribles visiones.

Y marchaba cantando, como por el camino de Worms:

Mi Dios es una ciudadela.

¡Siempre cantares belicosos!

CAPITULO XVIII.

TRABAJOS LITERARIOS: LA BIBLIA.—1521.

Lutero trabaja en su Simbólica.—Su Biblia alemana.—Exámen literario de esta traducción.—Entusiasmo que ella escita.—Emser refuta la obra de Lutero.—Faltas en que fue cogido este.—Opinion pública en Alemania respecto á la obra.—La Iglesia católica habia ya traducido la Biblia á la lengua vulgar largos años antes que Lutero.

EN su soledad se ocupaba Lutero de la formacion de un simbolo, en que el espiritu fatigado encontrase un punto de descanso; es decir, Lutero volvía á la fe. Los católicos le reprochaban con su incesante movilidad de opinion, y no pudieron menos de alegrarse de este nuevo pensamiento caprichoso y variable, que sus mismos discípulos no pudieron formular, y que Emser compara, con mucha razon, á esas figuras bizarras que forma incesantemente el mar al estrellarse contra las costas. Efectivamente, los católicos, siempre que eran atacados, pedían á sus enemigos religiosos un simbolo, una relacion de los artículos ó dogmas de la nueva creencia, y Lutero, comprendiendo que sobre las ruinas de la anciana Iglesia debia elevarse la nueva Jerusalem que él habia anunciado á los hombres, y que no era la fe obediente y sumisa, como el espiritu de discusion y la

razon siempre progresiva é indefinida en su marcha y en sus conquistas, creyó llegado el caso de fundar su dogma, y trabajó sin cesar noche y dia en el símbolo de la fe luterana, animado por la tranquilidad agreste de la Wartbourg. Con tal propósito, trabajó varios tratados, en que se esponian claramente los puntos fundamentales de la doctrina protestante; á saber: uno, que trataba de la supresion de la Misa privada, dedicada á sus hermanos los agustinos; otro, que dedicó á su padre Hans, sobre los votos monásticos, y en que, aparte de la pesadez de la esposicion dogmática, sorprende la efusion de los mejores sentimientos de piedad filial, que hacen honor al corazon de Lutero; sus folletos contra Ambrosio Cattarin, donde quiere probar, con la Escritura en la mano, que la bestia del Apocalipsis vivía y reinaba en Roma; en fin, sus comentarios sobre los cuarenta versos de David, para mitigar el furor del rebaño de Wittemberg.

Mas de todas ellas, la que él trabajó con mas constancia, y la que debia tener mas influencia sobre los destinos de la Reforma, su obra predilecta, su gloria como escritor, era sin duda la traduccion en lengua vulgar del testo de las Sagradas Escrituras. Con el entendimiento rico ó pobre, sano ó enfermo, elevado ó deprimido, que le erigió en intérprete de los sagrados textos, produjo un libro, que no dejó de tocar ninguno de los misterios de lingüística en que se envuelve el sublime sentido de las Divinas Escrituras. Como él habia destruido el sacerdocio, repartiendo entre los hombres sus funciones, el hombre sacerdote debia tener un título en que su apostolado estuviese escrito de mano del mismo Dios. A los ánimos indóciles que se mantienen de ilusiones y se inflan con pensamientos de orgullo y arranques de entusiasmo, como Munzer y Storek; á los espíritus revoltosos, como Carlostadio; á los que se dejan llevar de cualquier impulso, como Didyme; á las almas simples, como las de los niños del anabaptismo, á todos habia dicho

Lutero: «¡Ved aqui el libro de la vida: ya no habrá mas dudas ni mas oscuridad para vosotros; estais autorizados, podeis traducir é interpretar los Libros Santos, porque es y ha sido acordado el don de la interpretacion!»

¡Cosa chocante! En el momento en que hablaba así Lutero, este hombre de saber, y escelente hermenéutico, que toda su vida habia practicado la Biblia, pedia esplicaciones, y no sabia qué decir de un testo tan fácil y tan claro como este: *Aliqui filii vestri immundi essent, nunc autem sancti sunt*; en el mismo instante se creia autorizado para burlarse de las desatinadas interpretaciones de Carlostadio ó Munzer. Mas cuando el soplo del Espiritu-Santo descendía sobre Munzer ó Carlostadio, era porque habian leído la palabra divina en un libro en que los signos inmutables no habian temido ni al olvido de los siglos, ni á las falacias de una crítica siempre dispuesta á corromper y alterar un testo con mas fuerza que la poderosa mano del tiempo.

El Evangelio debe estar escrito en una lengua muerta. Juzgad cuál seria la suerte de este libro si sus conceptos llegasen al entendimiento entre imágenes poéticas y formas literarias, cuya moda pasa, como la del corte de nuestros vestidos, que se alteran á cada trasformacion de la humanidad, y que siguen todas las leyes del progreso material. En vano velaria la autoridad sobre la pureza de la palabra divina y sus prescripciones: esta palabra, que Dios nos ha dado para nuestra salud, no seria mas que un signo caprichoso y falaz. En una lengua muerta, que ha dejado ya de estar en el comercio mundanal de los hombres, y en la espresion acalorada de sus dudas y su ambicion, la palabra divina es el arca santa sobrenadando en rio caudaloso, cuyas profundas masas líquidas impiden la aproximacion. Por eso el catolicismo ha conservado en su culto el uso de la hermosa lengua del Latino.

Lutero, por el contrario, usaba un idioma fácil y obediente á todos los caprichos de su fantasia: el aleman sajón,

de formas robustas, atrevido en sus giros; el anciano idioma d'Hermann, que no habia podido cortar la espada romana, el único que sin gran desventaja puede reproducir convenientemente los sagrados testos, ese lenguaje ha envejecido tambien y probado la suerte de todas las lenguas humanas.

La traduccion de la Biblia es todavía un monumento elevado á las letras; improba tarea que desafía la vida de un hombre, y que Lutero terminó en el espacio de algunos años. No obsta que la crítica le reproche el haber empezado su trabajo con cierto abandono y sin el estudio detenido de las voces hebraicas que mas tarde hizo en las soledades de la Wartbourg: no importa; el alma del poeta debe admirar una version en que el lenguaje biblico revive fresco, brillante, melódioso. Ciertamente la palabra de Lutero reproduce la frase original con un encanto y tal simplicidad, que llega hasta el corazon, y que cuando es necesario se reviste de pompa y de civismo, y toma todas las caprichosas formas que quiere darle el artista: ingenua, sencilla al hablar de los patriarcas, elevada con el profeta Rey, popular con los evangelistas, amorosa con San Pablo y San Pedro, en toda ella se descubre, imagen por imagen, llama por llama, resplandor por resplandor. Añádase á todo esto esa fragancia de la antigüedad que despide sobre ella la anciana lengua en que habla Lutero, y que seduce, como las sombrías tintas que distinguen los grabados de los antiguos maestros alemanes.

Admira el entusiasmo con que fue recibida en Sajonia la version de Lutero, sin embargo de faltarle el Nuevo Testamento, que es sin duda el mas precioso fragmento de este libro inspirado. Para los católicos y para los protestantes, que no veian en este trabajo mas que la glorificacion del idioma nacional, debia ser una novedad curiosa, en que el viejo sajón reflejaba como un espejo todas las bellezas del original. Los literatos, sobre todo, estuvieron

mas complacientes de cuanto se puede esperar. A los ojos del público, esta traduccion rehabilitó el idioma nacional, en términos que pudiese competir en lo sucesivo con los idiomas orientales.

Llamaban á esta obra lexicológica un prodigio; los discípulos del autor la apellidaban un milagro, una inspiracion celestial. La prensa, dirigida por tipógrafos que habian seguido el movimiento religioso de los espíritus, y se habian unido á los intereses materiales, tuvo un especial cuidado de reproducir la obra mas importante del monge, con una elegancia y pureza de tipos desconocidas en aquella época, y que aun hoy admiran á los que tienen el placer de contemplarlos. Hans Luft la imprimió con caracteres fundidos espresamente para la obra: tiraba cada dia cerca de tres mil pliegos; de modo que desde 1537 á 1574 habia en Sajonia cien mil Biblias alemanas.

La caleografía, en un momento en que se hacia una guerra tan cruel á las imágenes, vino tambien á reunir sus bellezas á las de la imprenta, llenando las cubiertas y portadas de arabescos, festones, flores y figuras fantásticas, cuyo diseño mas de una vez se debia á los genios de Lucas Cranach y Alberto Durero. El Nuevo Testamento de Lutero debia ser un libro de moda, que se encontraba con frecuencia sobre el tocador de las mas elegantes damas, apasionadas á su lectura, y que le llevaban consigo cuando iban á pasear, y durante el paseo leian y comentaban la obra con un fervor ascético, y defendiendo su testo de los ataques del clero, del doctorado y de la magistratura, á quienes ellas trataban de ignorantes y enteramente extraños al conocimiento de los idiomas griego, hebreo y latino; ¡que solo, segun ellos, Lutero habia podido comprender!

El doctor alaba el proselitismo de una dama llamada Arguda, descendiente de una ilustre familia de Baviera, que tomó sobre sí la defensa de un religioso desterrado de

Ingolstadt, y se ofreció á disputar públicamente en latin ó en aleman.

«El Cristo, decia ella, no se desdennó de hablar de Religion con la Magdalena y con otra jóven samaritana; ni San Gerónimo de mantener una larga correspondencia epistolar con las mujeres. ¡Baldon al que tenga por sospechosa la version de Lutero! La palabra del doctor es un sonido divino, y si alguna vez el reformador la abandonase, bastaria yo sola para defenderla y sostener su honor.»

Los magistrados de Ingolstadt no quisieron irritar á este teólogo con enaguas, y la dejaron desahogarse.

El catolicismo envejecia sobre el depósito de la fe: en el momento que la Alemania protestante recibió la version del Nuevo Testamento, libro caido del cielo, apareció un hombre, conocido del reformador por los rudos ataques que habia sufrido de él: este era (1) aquel de quien Lutero pedia á Dios, como una gracia especial, le separase de su camino. Emser, quien le observaba y espiaba para emprender á la menor señal otro combate, no habia muerto en el anterior. Emser tenia por su cuenta la nueva version; analiza el prefacio, donde estaba escondido el gérmen de la doctrina luterana, descubre el veneno de las notas que llenaban las márgenes del libro, y en que el doctor se convertia en Padre de la Iglesia, y daba á los lectores una terminología *preferible* á la de Septante. Emser ataca sin acritud, pero con una gran fuerza de verdad y de ciencia, las corrupciones sistemáticas del testo. Lutero tiene que convertirse en helenista y literato, que descubria los misterios del hebreo, griego y latin, de esos tres sabios idiomas, que son el lenguaje de la inteligencia y del buen gusto. Por último, se encoleriza, y vuelve á llamar en su ayuda á aquellas voces satíricas de queninguna lengua es tan abundante como la alemana.

(1) *Ce bouc* (barbas de chivo), dice el original. (N. del T.)

Emser aparecia á los ojos de los reformadores como un asno, un zóquete, un galopo, un basilisco, un discípulo de Satan. En este caso se aplaudió tambien; pero los literatos no estuvieron complacientes como la vez primera. Se tenia la audacia de hacer burla del traductor cuando se le vió revisar su trabajo y enmendar un gran número de faltas señaladas por su adversario, pero pretestando su profundo desprecio á los *asnos* papistas, indignos de juzgar su libro. «¡Triste obra, decia Emser, en que se ha falsificado el testo de tal modo, que en cada página pudieran enumerarse mil alteraciones!»—«Y en que Lutero tropieza y cae á cada paso,» añade Bucero.

El tiempo ha dado la ventaja y la razon á Emser: la traduccion de Lutero se mira hoy en Alemania como insuficiente y defectuosa, el Viejo Testamento como cosa incomprendible á los fieles, las epístolas como oscuras, la version llena de tinieblas, tanto, que en 1836 algunos consistorios votaron por que fuese revisada toda entera.

Acusa la Reforma al catolicismo de haber ocultado la palabra de Dios hasta la venida de Lutero: que diga un hombre, como M. de Villers: «Es una temeridad digna del último suplicio; la traduccion de los Libros Santos á la lengua vulgar es cosa que nos sorprende sobremanera;» porque, en fin, Bossuet habia escrito estas líneas en su *Historia de las Variaciones*: «Nosotros teniamos versiones semejantes para la lectura de los católicos en los siglos que han precedido á la pretendida Reforma.» La palabra del Obispo de Meaux no es uno de esos vanos sonidos que todos tienen derecho á despreciar. Efectivamente, Juan-Lefevre d'Étaple habia ya publicado en 1523 la traduccion de la Biblia, en la cual habia trabajado mucho antes que el nombre de Lutero fuese conocido en Francia. Seckencorff escribió antes que Villers que las traducciones alemanas de la Biblia habian aparecido en Wittemberg por los años 1477, 1483 y 1490, y en Augsburgo en 1518. Todo pre-

ocupado con la gloria de la Alemania, jamás estendió su mirada, como hacia Villers, á los países estraños, para estudiar en ellos el movimiento de las ideas. Si hubiera conocido la Italia, hubiese visto que esta es la primera nacion en cuanto á la ilustracion de los sagrados testos. Allí tenemos á Jacobo de Voragine, Obispo de Génova, autor de la *Leyenda dorada*, que hácia el fin del siglo xiii, casi al mismo tiempo que se oían las dulces armonías del Dante, traducía la Biblia al italiano. Tambien en Venecia, por el año 1421, Nicolo Malermi ó Malerbi, monge camaldulense, tradujo la obra de Dios con tan buen suceso, que fue impresa nueve veces en el siglo xv, y reimpressa hasta veinte en el siglo inmediato. Otro religioso, Fr. Guido, vulgarizó los cuatro evangelistas con las esposiciones de Simon de Cascia, y el maestro Federico de Venecia cimentó el Apocalipsis en 1394; en fin, Brucioli dió en 1530 una traduccion completa de los Libros Santos; aquel Brucioli á quien el Aretino escribia en 1537: «Sois un hombre sin igual en la inteligencia de los idiomas hebreo, griego, latino y caldeo:» é italiano, debia haber añadido el poeta; porque Brucioli solo poseia todos los secretos del clásico idioma del Dante, como Lutero del sajón. Sin embargo, condena la autoridad eclesiástica esta traduccion, y Brucioli se somete.

No paran de decirnos que el pontificado se opone á la difusion de la palabra divina. ¿Y por qué? ¿Esta palabra no es la demostracion mas cumplida de la inmortalidad de nuestra Iglesia? Mas lo que la Iglesia no consiente ni puede sufrir es que esta palabra de vida se abandone, como una frase profana, al capricho de cualquier comentador; que su inteligencia, apoyándose ó no en la fe de Jesucristo, venga á tratarse como un testo ordinario, para dar al mundo el espectáculo de nuestra locura, de nuestras miserias y de nuestro orgullo; que se trate, en fin, la palabra de Dios como un poema antiguo, que se encuentra por la primera vez, y que jamás se haya esplicado y conocido. La Escritura, ha

el dicho Platon, se diferencia de la palabra en que esta se defiende por sí misma, y aquella es completamente huérfana, y generalmente no puede ser defendida inmediatamente por el mismo que la produjo. Los padres, los doctores, los mártires de la nueva ley, si no son los padres de la divina palabra, son unos tutores cuidadosos de la Escritura, que, á falta de ellos, estaria huérfana sobre la faz del mundo intelectual: ellos *son la palabra que defiende*; aquella, una letra muda. Y cuando tantas perturbaciones y cismas han estremecido al mundo con sus estragos; cuando tanto heresiarca ha llenado el mundo con sus errores y soberbia, ¿se dirá que no es justa la zozobra, la inquietud de la Iglesia católica, conservadora de la palabra divina? ¿Cuál seria el destino de esta, si la Iglesia no hubiese encanecido en su santa guarda y conservacion, en ese depósito sagrado de la tradicion del cielo? Que nos diga el protestantismo si no mira con espanto los santos libros, abandonados á la interpretacion de uno de sus sabios, Eichhorn por ejemplo, que ciertamente no recibió la ciencia lingüística como especial dote, y que, sin embargo, ha bastado para despojar á tres de nuestros santos evangelios de la autoridad que una creencia de diez y ocho siglos cimentara, los cuales, segun él, estaban compuestos sobre un testo de los hebreos, escrito en armenio, y cuyo ejemplar nosotros jamás hemos conocido. ¿Y serian las Santas Escrituras regla de la fe, cuando á su placer uno arrebatá á esa misma fe una epistola de San Pablo, otro el evangelio de San Juan, otro, en fin, no uno ni dos, sino tres de los Santos Evangelios? ¡Ah! Si Lutero, si el monge de la Wartbourg alzara la cabeza del sepulcro, ¿no habia de temblar por la suerte de la palabra, viendo á los mismos que amantó con sus doctrinas, los Damm, Semler, Teller, Baner, Woltman, Paulus, Strauss, ocupados en el destrozo de los Libros Santos, que ellos consideran impiamente como salidos de manos de los hombres?

Mas ved lo que hace la Iglesia luego que está segura del crédito que merece un intérprete. Bossuet distribuye en todas las provincias de Francia cincuenta mil ejemplares del Nuevo Testamento del P. Amelotte, y otros muchos libros religiosos, en lengua vulgar. ¡Vedla cómo no quiere retraer de los fieles la palabra de Dios!

Desde el momento en que Lutero dió principio á su traduccion de la Biblia, la obra empezó á estar amenazada.

Sus discípulos se insubordinan, y apelan á la misma palabra con que él queria probar su apostolado.

plan de las cosas...
republica contra Lutero...
La gran ley del Talion...
El pueblo...
no se aparta...
que le...
Lutero...
doctor...
La...
LOS PROFETAS.—1521-1522.

CAPITULO XIX.

LOS PROFETAS.—1521-1522.

La Reforma se fracciona contra ella misma.—Lutero, orador.—Marco Stubner.—Storck.—Munzer.—Los profetas combaten las doctrinas de Lutero.

La autoridad no habia sido derrocada por Lutero; solo consiguiere quitar al Papa, ó sea á la autoridad viviente, su diadema, para asentarla sobre un signo mudo, á quien apelaba el Verbo de Dios, y que, apenas salido de sus labios, no era otra cosa para sus discípulos que una palabra humana. Como Lutero habia considerado el simbolo católico, asi Carlostadio juzgaba el luterano. En vez de buscar la verdad en una teocracia viviente, iban á someter el entendimiento á las decisiones de una democracia religiosa; el sacerdocio estaba en el pueblo: por la consagracion del principio del libre exámen, el pueblo conquistaba un reino, el del dogma. Porque la creencia, por medio de la duda, no es mas que el reino de la fe abandonado á todo el que sabe leer. Desde el punto en que la Reforma se refugió en la Escritura para libertarse del poder del sacerdote que por espacio de quince siglos fuere considerado como el Vicario de Jesucristo en la tierra, los Libros Santos ha-